

Artículo de ALBERTO MAGGI publicado en la revista "Cavaliere dell'Immacolata", n° 1-2, enero-febrero 2003, p. 10-11.

Traducción de Antonio Paneque.

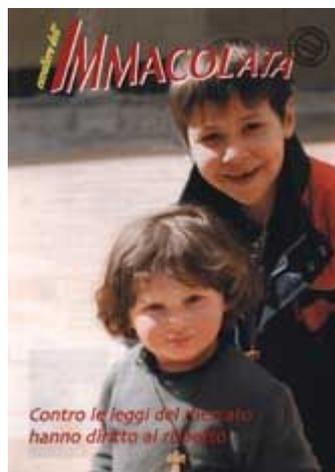
ANTES DE SER

“LA VIRGEN”

Itinerario bíblico de María

Introducción

Nuestra hermana Maria



"¡Lo ha dicho la Virgen!".

En el campo religioso no es del todo raro encontrarse con este tipo de afirmaciones perentorias. En este caso, recurriendo a una supuesta autoría mariana se pretende justificar alguna aseveración por regla general disparatada o extravagante, enunciados que, naturalmente, no tienen nada que ver con los evangelios. Se trata de elementos procedentes de las narraciones que acompañan a alguna de las muchas (demasiadas) apariciones de la Virgen.

De esta suerte, se intenta dar carta de ciudadanía de modo furtivo a una serie de pobres ideas humanas, las cuales se infiltran bajo la apariencia de procedencia celeste. Devociones que vacilaban reciben ahora la garantía divina. Y así, poco a poco, se termina por confundir a la valiente discípula de Cristo con la mamá celeste llorona de muchas apariciones. En suma, el riesgo que se corre cuando se habla de María es que no se sabe ya a qué mujer nos referimos, si a la mujer que describen los evangelistas o a aquélla de los visionarios.

Pretender compaginar la María de los evangelios con la Virgen de los visionarios significa diluir la extraordinaria y única figura de la madre y discípula de Cristo dentro de las aguas nimias e insulsas de las creencias más extravagantes, creencias de pacotilla.

Parecería casi que sobre la Virgen se pueda decir cualquier cosa, con tal de que sirva para exaltarla. Pero lo cierto es que a base de afirmar que *"de María no se*

habla nunca suficientemente", tal vez se haya perdido el pudor para saber callar la boca.

Todavía hoy se advierten las consecuencias nefastas de una cierta predicación carente por completo de raíces y fundamentos en la Escritura, así como de algunas prácticas devocionales que han distorsionado su figura. Una Virgen que todavía hoy muchos cristianos entienden como una persona más buena y más comprensiva que Dios, y que para algunos sería una especie de almohadilla "detiene-golpes" colocada entre la terrible ira del Padre eterno y la humanidad pecadora.

¿Quién fue realmente María?

¿Qué sabemos de ella?

¿Cómo era su vida cotidiana?

¿Cuáles fueron las dificultades que, como todos los seres humanos, tuvo que afrontar?

Intentaremos responder a estas cuestiones, examinando los textos que hablan de María y del ambiente en que nació y creció, y de cómo maduró en ella esa fe extraordinaria que la llevó a ser discípula de su hijo.

Descubriremos que en la María de los evangelios no existe ninguna huella de la dulzona madrecita celeste de los visionarios, sino que, muy al contrario, del retrato que hacen de ella los mismos emerge una mujer fuerte, llena de arrojo, capaz de afrontar dificultades enormes a fin de mantenerse fiel en el seguimiento de Cristo.

Tendremos bien presentes en esta búsqueda las sabias indicaciones que la Iglesia ha dado para hablar de María, a partir del Concilio Vaticano II, el cual *"exhorta encarecidamente a los teólogos y a los predicadores de la palabra divina a que se abstengan con cuidado tanto de toda falsa exageración cuanto de una excesiva mezquindad de alma al tratar de la singular dignidad de la Madre de Dios"* (Lumen Gentium, 67), para dar paso a una devoción genuina de la Madre de Jesucristo, *"devoción que no consiste ni en un sentimentalismo estéril y transitorio ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe auténtica, que nos induce a reconocer la excelencia de la Madre de Dios, que nos impulsa a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes"* (LG, 67).

Silencio acerca de María

Investigar las huellas de María en el Nuevo Testamento conduce a un resultado decepcionante. De ella algunos autores hablan poquísimos y otros, nada. Pablo, fundador de tantas comunidades cristianas, no hace en sus escritos ninguna

mención a la madre de Cristo, si exceptuamos una referencia indirecta ("*Nacido de mujer*", Gal 4,4). En las Cartas de Juan, de Santiago, de Pedro y de Judas no existe la más mínima indicación respecto a María. Sólo en los evangelios (comprendidos los Hechos) se habla de ella.

¿Por qué?

Para la Iglesia, la profundización del conocimiento de Jesús fue la clave que permitió ir descubriendo gradualmente la grandeza de la madre. Por tanto, no "*Ad Jesum per Maria*" (a Jesús a través de María), sino "*Ad Mariam per Jesum*", a María a través de Jesús.

A medida que la Iglesia progresaba en el descubrimiento de la grandeza y de la singularidad de Jesús, el Hijo de Dios, se iluminaba cada vez más la singularidad y la grandeza de María, madre y discípula de Cristo.

La profundización del mensaje de la Escritura nos hace redescubrir a María tal como la habían contemplado y comprendido los Padres de la Iglesia: hermana en la fe. Una hermana con la que caminar, abandonando aquellas imágenes "*sujetas al desgaste del tiempo, necesitadas de renovación*" (Marialis Cultus, 24) que no hacen justicia a su verdadera grandeza.

A través del examen de los textos que a ella se refieren descubriremos que María "*nunca fue una mujer pasivamente remisiva o de religiosidad alienante*" (MC, 37) sino una mujer siempre abierta a lo nuevo, incluso cuando esta apertura le costaba fatiga y dolor.

María no es la gallina clueca bajo cuyas alas buscar la protección (¿contra quién?), sino la mujer con la que caminar juntos a fin de que se cumpla la palabra "*derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada*" (Lc 1,52-53).

Es ésta la María que surge de la reflexión sobre los evangelios.

Una mujer que es grande no sólo porque es la madre de Jesús, sino porque llega a ser su discípula fiel, y se coloca al lado del ajusticiado ante quien lo ha crucificado, alineándose así para siempre de la parte de los oprimidos, de los pobres, de los despreciados.

La virgen de Nazaret es el sello del optimismo de Dios sobre la humanidad, la señal palpable de cuánto el Creador estima al hombre, y de la necesidad que tiene de él para llevar a cumplimiento su creación y ser padre para toda la humanidad. La madre de Jesús es presentada por los evangelistas como la señal evidente de cuánto Dios puede realizar con toda creatura que no ponga obstáculos a la potencia de su

amor.